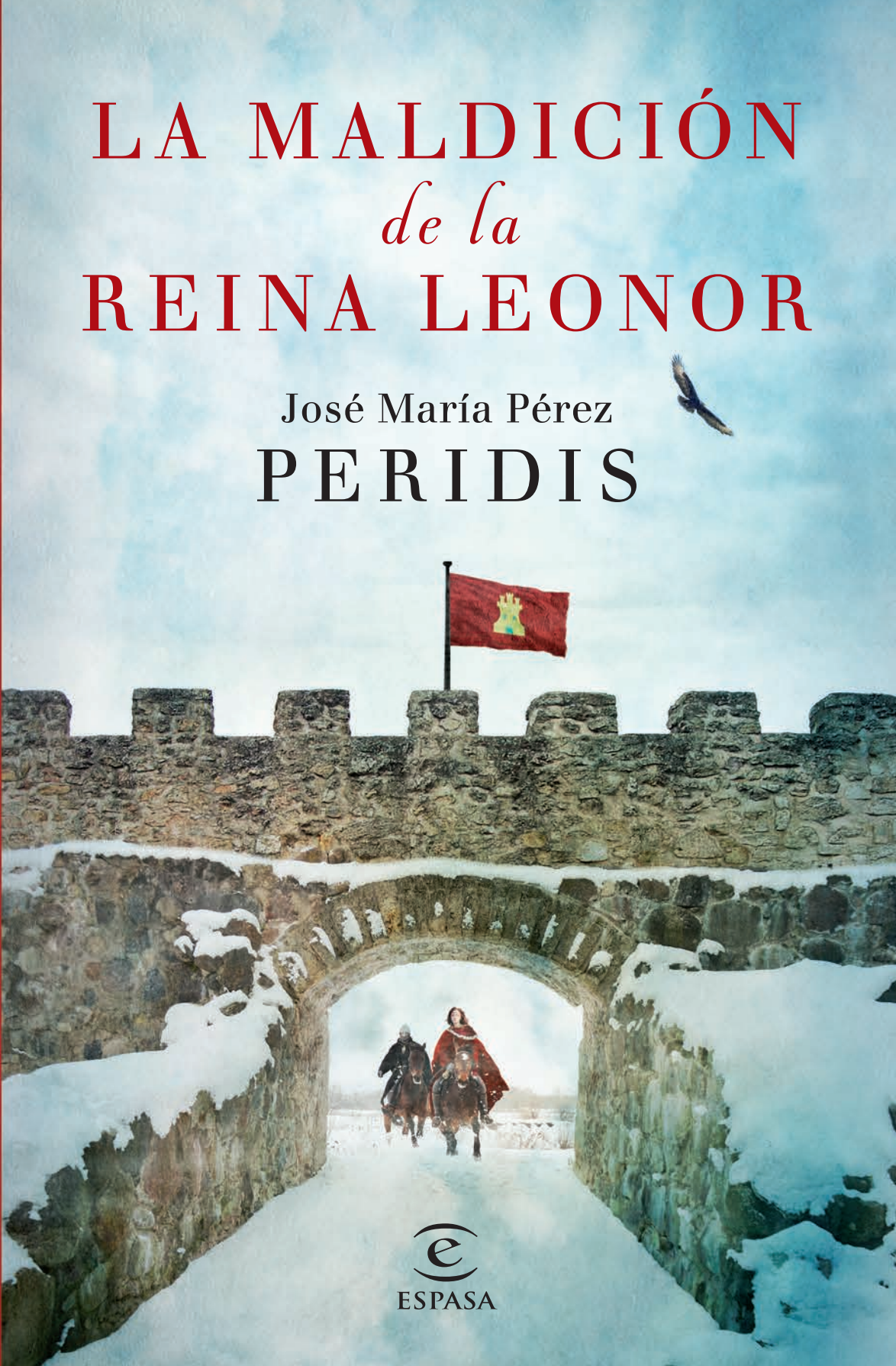
LA MALDICIÓN *de la* REINA LEONOR

José María Pérez

PERIDIS



ESPASA

José María Pérez «Peridis»

La maldición de la reina Leonor

ESPASA

ESPASA ℰ NARRATIVA

Título original: *La maldición de la reina Leonor*

© José María Pérez González
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de la cubierta: mas!gráfica
Capitulares de interior: José María Pérez, *Peridis*
Dibujos de las guardas: José María Pérez, *Peridis,* y Elisa Pérez Ruiz

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 10.928-2016
ISBN: 978-84-670-4604-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo 1

Burgos. Toledo. 1181-1184

einaba la penumbra en un salón del palacio real de la capital del Arlanzón, y solo se escuchaba la respiración entrecortada y el jadeo de la joven Leonor, que yacía en un lecho fastuoso con las ropas desordenadas. Sin tiempo de prepararse como la ocasión lo requería, había alumbrado de improviso un niño prematuro.

Tanto había deseado traer al mundo un hijo varón que, cuando se lo mostraron, una vez que lo lavaron y vistieron conforme a su rango, sintió una gran indiferencia hacia aquella criatura que ni fuerzas tenía para llorar.

«Pobrecillo, ¡qué pequeño y qué feo es! Si parece un gato. Nada que ver con su padre. Y de mi familia solo se asemeja a mi hermano Juan, el benjamín. En cambio Berenguela, cuando nació, ya estaba criada y era el doble», pensó desolada la joven al contemplar a la criatura con detenimiento antes de devolvérsela a la nodriza.

Estaba furiosa consigo misma por no haber alumbrado un infante fornido y saludable, que era lo que se esperaba de ella. Los cortesanos que la acompañaban en el parto no pudieron ocultar su decepción. Afortunadamente, el rey se encontraba ausente cuando aconteció el alumbramiento, lo que daría un tiempo a la criatura para medrar un poco, si lograba sobrevivir. Nadie sabía dónde estaba Alfonso, pero todos lo sospechaban. Aunque habían pasado más de quince años desde que la viera por primera vez, el rey seguía hechizado por la hermosa Raquel, la judía de Toledo, a la que visitaba siempre que podía.

Para Leonor, aquella situación habría sido más fácil de sobrellevar con resignación si hubiese traído al mundo un hijo sano y fuerte. Era explicable su decepción porque con ese parto esperaba dar el heredero varón al rey don Alfonso para que en su día ocupara el trono de Castilla y, a ser posible, también el de León, si los hijos de su tío Fernando se malograban.

Aquella misma tarde llegó al palacio el anciano obispo Raimundo cuando en la ciudad de Burgos se hacía un silencio insólito y ominoso

Aquel no era un silencio tranquilo cargado de monotonía cotidiana, porque se trataba de una quietud expectante, como la que precede a los combates a vida o muerte entre el caballero blanco y el caballero negro.

El venerable prelado palentino, tío del rey, que con el paso del tiempo se había arrugado perdiendo el aspecto de manzana reineta que tuvo a lo largo de toda su vida, había sido gran valedor de don Alfonso durante los turbulentos años de su minoría de edad y ejercía el cargo de capellán y confesor de la reina, que se servía de su prudencia, sabiduría y astucia para desenvolverse con soltura en los complejos entresijos de la corte castellana. Como conocía la lengua francesa desde su época de estudiante con Abelardo en la Escuela Catedralicia de París, se ganó la confianza de doña Leonor cuando, siendo una niña, la acompañó desde Francia para casarse con el jovencísimo rey de Castilla.

Cuando, al pie de la cama de la reina, Raimundo bautizó al infantito *in articulo mortis*, pues para eso le habían llamado, no pudo evitar estremecerse al ver a aquel pequeñuelo, tan débil como un gatito, y oír el nombre que habían elegido para él.

—No se parecerá al padre, pero es el vivo retrato de su abuelo Sancho —murmuró y entonces la reina supo que su hijo se malograría sin remedio, pues su suegro había muerto en la flor de la vida.

Al ver los rostros de decepción de los cortesanos, la joven reina se tragó las lágrimas para disimular su contrariedad.

Para evitar que sus acompañantes se apercibieran de la humillación que suponía para ella aquel fracaso, ordenó despejar la estancia pretextando su necesidad de ser oída en confesión por el prelado de su confianza.

—¿Es este el guerrero que nos envía Dios para combatir a los infieles, monseñor? —preguntó la reina, sin poder contener las lágrimas, tan pronto como se encontraron a solas.

—A primera vista, no parece que el infantito sea el heredero que necesitamos, pero no desmayéis porque sois muy joven todavía. —Raimundo, recuperado de la impresión, intentó cumplir su misión de animar a aquella pobre madre—. Miradlo desde otro punto de vista. ¡Alegraos porque sois tan fecunda como vuestra madre! Y ella tuvo hasta diez hijos de dos matrimonios. La mitad de ellos varones. —Al ver que Leonor negaba con la cabeza, el obispo continuó—: Aunque el Señor os envía esta prueba, tened paciencia y recordad lo que dijo el santo Job a su mujer en la adversidad: «Si se acepta de Dios el bien, ¿no se ha de aceptar el mal?».

—¿No será esta desgracia un castigo divino por los pecados de nuestra familia?

—Los designios del Señor son inescrutables. ¿Cómo podemos los mortales conocerlos de antemano? —respondió el obispo—. Es posible que sea como decís, pero no podemos afirmarlo con certeza absoluta.

La reina, deshecha en lágrimas, demacrada y dolorida por el parto y carcomida por los celos, tenía un aspecto lamentable y parecía mucho mayor de lo que era.

—¿Dónde está mi marido? —clamaba con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¿Qué es lo que le retiene lejos de su familia en estos momentos?

El obispo Raimundo, por prudencia, calló lo que sabía.

—¡Decidme la verdad, monseñor! —continuó Leonor—. Conocéis perfectamente adónde se dirigen los pasos de mi esposo cuando se ausenta e imagináis qué es lo que le ocurre cuando me rehúye. No en vano es vuestro sobrino y habéis sido su canciller durante mucho tiempo. Aunque si os lo impide el secreto de confesión, vuestro silencio es la confirmación de mis sospechas.

—El rey no se esperaba tanta celeridad por vuestra parte en este trance. Estará tratando asuntos del reino... —contestó Raimundo para salir del aprieto. El astuto prelado se daba cuenta de que, bajo el pretexto de pedir confesión, la reina buscaba algo más que un desahogo y le estaba sometiendo a un comprometedor interrogatorio—. Alejad de vuestro corazón el resentimiento y no permitáis que teja una tela venenosa en vuestra cabeza la araña de los celos. Los que tuvo vuestra madre por culpa de Rosamunda llevaron la división y la guerra a vuestra familia. Si sois sumisa y paciente y recibís al rey en vuestro lecho con humildad y mansedumbre cada vez que os solicite, veréis qué pronto obtendréis la recompensa que merece vuestro sacrificio. Cuidad del niño, para que salga adelante. —La reina hizo un gesto de desolación tan profunda, que el obispo pensó que lo mejor sería distraerla cambiando de estrategia—. Mientras tanto, debéis disipar la tristeza y el temor que os invaden dedicando vuestras energías a darle un nuevo impulso a las obras de vuestro monasterio. No han de faltaros los dineros con las rentas de las villas y castillos de vuestra dote. Ya solo necesitáis un arquitecto experimentado que traiga a Burgos la elegancia, la levedad y la luz que tienen los templos y monasterios de Inglaterra y de Normandía. —La reina le escuchaba atentamente y con una chispa de ilusión. Todos en la corte sabían que el cenobio que se estaba levantando a las afueras de la ciudad era la niña de sus ojos, el mayor de sus orgullos—. Podéis estar segura de que muy pronto llegará la bula de su santidad autorizando los estatutos de la congregación cisterciense que pensáis fundar. Creo que haríais muy bien en adelantar las obras todo lo posible, para mejor acomodar a las hermanas que hay y a las que esperan que se las reciba.

—Pediré a mi hermano Ricardo que me busque, entre los mejores que haya en sus tierras, un arquitecto con suficiente experiencia como para emprender unas obras dignas de una hija de los reyes de Inglaterra que, a semejanza del de Fontevraud en Francia, albergue el panteón de mi dinastía. En cuanto a mi esposo —continuó algo más tranquila—, haré lo que me aconsejáis, y puesto que no soy capaz de retenerle a

mi lado contra su voluntad, trataré de lograrlo de cualquier modo si consigo cortar los lazos que le atan a esa maldita mujer. Podría conseguirlo si vos quisierais ayudarme empezando por averiguar dónde se dan cita para sus encuentros...

El arzobispo se dio cuenta de que no iba a ser en absoluto sencillo distraer a la reina de su obsesión por la amante judía del rey. Como era imposible que Alfonso renunciara a Raquel.

***

Tres meses después de esta conversación, todo era desolación y lágrimas en el reino de Castilla. Al infantito Sancho, primer hijo varón de los reyes, le acababan de enterrar en el monasterio de Las Huelgas, porque, como era de temer, no sobrevivió mucho tiempo a la flaqueza con que había llegado a este mundo. A pesar de ello, Leonor se sobrepuso y, haciendo caso de los consejos del prelado, recibió resignadamente a su marido cuando se acercó a ella. Gracias a ello, a los nueve meses trajo al mundo una niña a la que pusieron el nombre de Sancha. A pesar de haber nacido sana y robusta, murió antes de cumplir los dos años y también fue enterrada en el monasterio de Las Huelgas.

Aquel fue un tiempo marcado por las desgracias familiares porque poco antes había fallecido su hermano mayor, Enrique «el joven», dejando a Ricardo como aspirante a la Corona de Inglaterra, aunque el rey Enrique II prefería al pequeño Juan.

Un trovador le trajo a doña Leonor la triste noticia repitiendo la canción fúnebre que compuso Bertran de Born para el malogrado heredero.

Señor, hubieses sido el rey de los corteses
y emperador de los nobles, si hubieseis vivido más,
pues habíais el nombre de «rey joven»
y erais guía y padre de juventud.

Habían pasado catorce años desde que Leonor emprendiera el azaroso viaje a Castilla para casarse con Alfonso y todavía no tenían un heredero varón. Por ello, su marido había

hecho jurar a Berenguela, la primogénita, como heredera legítima en las Cortes de Castilla, para evitar que el reino fuera a parar a las manos de su tío Fernando de León.

Durante los momentos de soledad en el alcázar toledano, recordaba nítidamente las terribles palabras «¡Maldito Enrique y maldita Rosamunda!» que pronunciara su madre ante el arzobispo Tomás Becket, durante la fiesta de su despedida en el castillo de Windsor, pocos meses antes de que unos nobles leales al rey de Inglaterra asesinaran al arzobispo en el atrio de la catedral de Canterbury.

«No te quedes pasmada, Leonor. Solo tú puedes deshacer el embrujo que pesa sobre tu marido, ahora que todavía estás a tiempo —se dijo—. De lo contrario, todos los esfuerzos que has hecho con Alfonso por levantar una nueva dinastía habrán sido en vano».

Leonor habría estado dispuesta a soportar la humillación de la infidelidad del rey y el mordisco de los celos si los hijos sobrevivieran. Pero como estaba segura de que Dios seguiría castigando los pecados del rey con la muerte de sus vástagos mientras durara aquella adúltera relación que envenenaba la simiente del monarca, pensó seriamente en deshacerse de la judía. No sabía cómo lograrlo sin violentar su conciencia y enfurecer a su marido hasta que un día, encontrándose en Toledo, recibió la visita de un canónigo palentino que le entregó un paquete y unas cartas consignadas para ella por el obispo Raimundo, al que hacía tiempo que no veía y del que solo se sabía que estaba tan enfermo que apenas salía de sus aposentos. Iban acompañados por una misteriosa nota cabalística que decía:

Vuestra salvación y la del reino, dejadlas en manos de Dios.
Entregad este sobre a aquella que os abra la puerta.
Nadie conocerá la misión que os encargo.
Ella misma escogerá su destino.
No tengáis ningún temor
O remordimiento.

Le sorprendió que las frases se dispusieran de mayor a menor, y al fijarse en este detalle se dio cuenta de que las mayús-

culas iniciales formaban la palabra VENENO, que le advertían del peligro que conllevaba manipular el documento.

Después leyó repetidas veces otro mensaje que rezaba del siguiente modo: «Como ya no podré hacer nada para ayudaros desde el otro mundo, quiero prestaros mi último servicio, por vuestro bien, el del rey y vuestro reino. Si queréis resolver el problema que os atormenta, seguid puntualmente las instrucciones que os doy y acudid vos misma, discreta y humildemente vestida, a la casa de Toledo cuya llave y dirección os facilito. Llamad tres veces seguidas. La mujer que os abrirá os obedecerá ciegamente».

Aprovechando la ausencia del rey, que estaba de cacería durante unos días en los Montes de Toledo, la reina, vestida como una monja e impelida por una fuerza interior irresistible, se presentó a primeras horas de la noche en la casa de Raquel, acompañada por una dueña. Era uno de los lugares donde la amante de su marido solía citarse con el rey, cuando este encontraba una ocasión propicia para ello.

Gran coraje le dio a doña Leonor cuando vio a aquella espléndida mujer en el quicio de la puerta. Los años no pasaban por ella. Alta, morena, con la melena hasta la cintura y unos resplandecientes ojos verdes, era de una belleza desafiante... Pálida y trigueña, con el cuerpo mermado por los embarazos y el rostro sin luz por los disgustos, en la cabeza de la reina resonaban las terribles palabras que escuchara a su madre en el castillo de Windsor y que ella misma repetía como una letanía en el barco que la traía a Castilla: «¡Maldito Enrique y maldita Rosamunda!».

Aunque era más joven, Leonor parecía mucho más vieja que la judía. Nada más verla, sintió ganas de abalanzarse sobre ella y pisotearla, pero las desgracias sobrevenidas a su madre doña Leonor de Aquitania, presa desde hacía años por no haber sabido sujetar la furia de sus celos, le ayudaron a contenerse.

Raquel, que, al escuchar los tres golpes espaciados, había abierto confiadamente la puerta pensando que era su amante, se llevó una gran sorpresa al ver al otro lado de la cancela a una

mujer a la que le costó reconocer, tantos años habían pasado desde la última vez que se vieron y tanto había cambiado.

—Sin duda sois vos Raquel, la judía —exclamó doña Leonor.

—¿Qué os trae a esta sencilla mansión, señora mía? —preguntó la mujer, haciendo una profunda reverencia.

—Veo que sabéis quién soy, a pesar de la oscuridad y de mi indumentaria.

—Vuestro porte y vuestra estatura os delatan, majestad. Además, tenéis un acento inconfundible, pero no os quedéis en la puerta. ¡Pasad adentro y acomodaos como gustéis!

Una vez que se hubieron sentado, se instaló entre ellas un tenso silencio. Raquel, roja de vergüenza, estaba anonadada ante aquella inesperada visita y no osaba levantar la mirada.

—He venido a veros para entregaros este documento que me han dado para vos —declaró Leonor, dueña otra vez de sí misma—. Debéis leerlo despacio y en voz alta para que ambas comprendamos lo que significa.

A Raquel le temblaban las manos cuando desenrolló el pergamino y después de un rápido vistazo empezó a recitarlo lentamente mientras las lágrimas le corrían por las mejillas y desteñían las letras de lo escrito. La reina se dio cuenta de que los hermosos ojos de la mujer apenas podían distinguir la escritura porque acercó el documento para verlo mejor.

No corráis tras la muerte con los extravíos de vuestra vida,
ni os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos.
Que no fue Dios quien hizo la muerte
ni se goza con exterminio de los vivientes,
pues todo lo creó para que perdurase
y saludables son las criaturas del mundo
y no hay en ellas veneno exterminador
ni reina el imperio del Averno sobre la tierra
porque la justicia es inmortal,
mas la injusticia atrae la muerte.

Debajo estaban escritas en letras rojas y con caracteres hebraicos tres misteriosas palabras.

Mené, Tequel, Parsin.

—Observo que no sois ajena a lo que está escrito ahí —dijo la reina, sorprendida de que Raquel leyera de corrido a pesar de tener los ojos encharcados por el miedo.

—Conozco perfectamente esos textos, majestad. El primero está al comienzo del Libro de la Sabiduría, y el segundo en el Libro de Daniel, el profeta, pero lo mismo pueden valer para vos que para el rey —admitió Raquel mientras sentía picor de ojos, estornudaba y aguantaba como podía las ganas de llorar.

—Señora, también vengo a recordaros el servicio que os hice en Aguilar cuando hace doce años os otorgué con mi perdón vuestra libertad. —Aquel episodio correspondía a su primer encuentro, cuando una joven e inexperta Leonor pensó que, favoreciendo a aquella mujer, lograría alejarla de su esposo.

—Os estoy muy agradecida por la gran merced que me hicisteis sin que yo os lo demandara. Fue un gesto de generosidad por vuestra parte que he recordado todos los días. Pero yo no tengo libertad. Majestad, sabéis desde hace tiempo que yo solo soy una humilde esclava del rey. ¿Con qué derecho podría negarme a sus demandas? De sobra sabéis que los judíos somos del rey y le debemos amor, respeto y obediencia —dijo sin dejar de restregarse los ojos y verter abundantes lágrimas sobre el pergamino.

—Yo también soy la esclava del rey y tampoco tengo libertad porque me retienen junto a él las cadenas del compromiso, del deber... y del afecto. Por ello le debo fidelidad, respeto y obediencia, pero también debo darle hijos fuertes y sanos, y cuanto antes un heredero, pero desde que yace con vos se malogran uno tras otro nuestros vástagos, porque la semilla del rey se envenena en vuestro nido. Por eso tenéis que jurarme ante la Biblia que nunca más recibiréis al rey, aunque os lo pida de rodillas —respondió doña Leonor, sorprendida por el llanto de aquella mujer y sin saber si estaba fingiendo o eran lágrimas de arrepentimiento.

—No puedo jurar lo que no está en mi mano cumplir, majestad —se resistió Raquel con voz entrecortada—. Porque aunque el rey me abandonara, siempre estaré esperando,

porque él prometió no olvidarme mientras viva y yo tampoco le olvidaré mientras quede un aliento de vida en mi corazón... porque le amo. Entiendo vuestras poderosas razones y yo no haré nada para retenerle. Además, estoy segura de que si le pedís al rey que no venga nunca más a mí, por los motivos que habéis expuesto... os obedecerá y le perderé para siempre... Para siempre, y mi vista se nublará del todo.

A pesar de que aquel había sido un día bochornoso en Toledo, Leonor se había quedado fría e impávida; sentía una ardiente humillación por haberse rebajado a suplicar a una mujer judía que rompiera con el rey porque ella misma no osaba decírselo a su esposo por miedo a enojarle gravemente. En cambio, se notaba que Raquel estaba muy sofocada, era presa de gran agitación y se la veía muy nerviosa mirando en todas las direcciones como si escondiera algo o esperara que su amante pudiera aparecer en cualquier momento. Aparte de ello, estornudaba de continuo y sudaba copiosamente.

La reina se sentía muy incómoda en aquella situación, y como ya había cumplido su misión, sintió prisa por abandonar aquel lugar. Cuando se marchó, pudo observar que Raquel lloraba desconsoladamente mientras estrujaba entre sus manos el pergamino del obispo Raimundo.

Nada más llegar al alcázar, se retiró inmediatamente a sus aposentos. Estaba aturdida y muy nerviosa, pero sobre todo sumida en la confusión más absoluta. La triste figura de Raquel despidiéndola a la puerta vertiendo copiosas lágrimas y arrugando el escrito no se le iba de la cabeza.

En el pergamino había leído en vertical la palabra «veneno» y por tanto sabía perfectamente lo que estaba haciendo. «¿Se estará muriendo?». También decía la nota: «No alberguéis ningún temor ni remordimiento». Pero tenía mucho miedo por lo que acababa de hacer. «El rey pensará que la han envenenado por orden mía. Me odiará siempre. Quizás hubiera sido preferible aguantar hasta que a Alfonso se le pasara el capricho. Esta relación adúltera arrastra la maldición de Dios, porque nuestros herederos mueren uno tras otro. Solo sobrevive Berenguela, porque nació antes de que el rey volviera a buscar cobijo en las entrañas de esa mujer».

La duda, la culpa y la incertidumbre la consumían. «¿Cómo he podido llegar a esa situación y aguantar esta infidelidad de mi marido durante todos estos años?». Solo la llegada del rey la podía sacar del infierno en que se encontraba.

Al poco de salir la reina de la casa, Raquel la judía comenzó a respirar con dificultad y a sentir gran comezón en el pecho. Después empezó a vomitar. Entre arcada y arcada recordaba con nitidez las advertencias que le había hecho en esa misma casa su hermana Susana, cuando empezó su relación carnal con Alfonso. «No olvides que los reyes son muy caprichosos. Hoy te quiero con locura y mañana si te he visto, no me acuerdo. Y no te hagas ilusiones, que nunca se casará contigo, y ándate con cuidado porque en caso de que alumbres un bastardo judío, los nobles y los obispos cercanos al rey os harán desaparecer».